

Francia: La ardua tarea de Alain Peyrefitte



27 DE JUNIO. NACIMIENTO OFICIAL DEL FRENTE COMUN

Al fondo, la cúpula comunista; de espaldas, la dirección socialista

Al cabo de cuatro años de purgatorio, el ex ministro de Educación de Francia, Alain Peyrefitte, debía volver, el martes de esta semana, al primer plano de la escena política. A menos que se produzcan improbables golpes de timón, sucederá a René Tomasini en el secretariado general de la poderosa UDR (Unión de Defensa de la República), la agrupación degaullista que gobierna la V República con holgada mayoría parlamentaria. En verdad, el destino de Tomasini, quien llegó a la jefatura del partido oficial en enero de 1971 merced a la decisiva recomendación hecha a Georges Pompidou por el asesor presidencial Pierre Juillet, quedó sellado al asumir Pierre Messmer el cargo de primer ministro en reemplazo del elegante Jacques Chaban-Delmas. Eso fue hace dos meses. En tan breve lapso, Tomasini se sometió a una delicada intervención quirúrgica y renunció a la secretaría general de la UDR.

En los contactos que precedieron a su designación, Messmer no ocultó que una de sus preocupaciones mayores concernía al partido de gobierno. Se trata de una formación que resulta muy difícil organizar, sobre todo en tiempos preelectorales. En abril del año próximo se realizarán elecciones legislativas, a las que se presentarán unidos, para mayores males de la UDR, socialistas, comunistas y radicales de izquierda. Por otra parte, la UDR está notoriamente dividida entre pompidouistas y chabanistas, ex combatientes y recién llegados. La otra dificultad consistía en la figura misma de Tomasini,

considerado un hombre con más capacidad de acción que de inventiva, más administrativo que ideólogo. A escasos días de su designación cometió el primero y mayor de sus errores: acusó de "cobardía" a los jueces que no se mostraron suficientemente duros con detenidos políticos sobre los que pesaban cargos de sabotaje y desórdenes públicos. La gaffe tuvo los resultados previsibles: divorció a la UDR de la magistratura y al propio Tomasini del entonces primer ministro Chaban-Delmas.

Inmediatamente después tuvo que llamarse a la mayor discreción, casi al silencio: la oposición comenzó a recordar, constantemente, que la directora de la Compagnie Européenne de Publicité, encargada de las campañas políticas del partido de gobierno, es madame Tomasini. También se dio a conocer un pequeño negocio al que, según parece, se dedicó el ex número uno de la UDR: la venta clandestina del fichero de la ORTF (Organización de la Radio y Televisión Francesa, propiedad del Estado) a la sociedad Industria, cuyo presidente-director general es, precisamente, el señor René Tomasini. Verdadero o falso, el premier Messmer resolvió, con evidente razón, que había llegado el momento de desprenderse de un hombre que seguramente iba a prestar votos en 1973.

Su sucesor tampoco es un político inmaculado: ministro de Educación en mayo de 1966, no sospechó que estaba sentado sobre un polvorín que llenó a París de banderas rojas y rojinegras, huelgas, barricadas y hasta provocó un

paro del sindicato de policías. Pero de todos modos parece ser el más indicado para responder a los escépticos y exaltar, aunque sea un poquito, a miles de alicaídos afiliados a la UDR. Para lograrlo, este alto, delgado, entrecano político de 47 años de edad, ejercerá su aguda capacidad polémica, la ironía fácil, y tratará de reverdecer su fama de ingenioso inventor y armonizador de ideas tácticas traducibles en votos. "En períodos electorales —dicen sus amigos—, el secretario general de la UDR es más importante que un ministro." Claro que, acotan observadores menos parciales, está al mismo tiempo mucho más amenazado. Si en 1973 la actual mayoría dejara de ser tal, Alain Peyrefitte podrá considerar terminada su carrera política.

De modo que Pompidou dispone, a seis meses de las elecciones, de un elenco renovado en dos de los papeles centrales: Messmer en cambio de Chaban-Delmas en el primer ministerio, y Peyrefitte en lugar de Tomasini en la máxima jerarquía del partido de gobierno. Sin embargo, la importancia de las mudanzas habidas no parece garantizar un apaciguamiento de las diferencias que enfrentan al ministro de Economía, Valéry Giscard D'Estaing, casi irreductible patrón de la llave del tesoro nacional, con los funcionarios encargados de los rubros previsión social y trabajos públicos, conscientes de que la mejor o peor imagen de la administración Pompidou depende en gran medida de los francos que consigan arrancar al pulcro Giscard D'Estaing.

Ese fue, también, el origen del enfrentamiento Pompidou-Chaban Delmas. Luego de ríspidos escarceos, triunfó el criterio del ministro de Economía contra las pretensiones del titular del Hôtel Matignon, consistentes en realizar una política salarial que anulase la eficacia de las banderas que ya levantan el frente de izquierda y las poderosas centrales obreras —CGT y CFDT—, controladas, respectivamente, por comunistas y católicos de izquierda. Las reivindicaciones de las organizaciones sindicales son básicamente dos: salario mínimo no inferior a mil francos mensuales y jubilación a los 60 años de edad. Chaban proponía concretarlas hacia fines de 1973; a Giscard D'Estaing, hace dos meses, época de la renuncia de aquél, le pareció una fecha excesivamente próxima. No obstante, a poco más de 60 días de haberse hecho cargo del primer ministerio de Francia, Messmer debió retomar, y mejorar, el proyecto de su antecesor.

Según trascendidos dignos de crédito, el actual brazo derecho de Pompidou habría asegurado a los dirigentes sindicales que el salario mínimo no inferior a mil francos será realidad

antes de diciembre del año próximo. Sin embargo, no tendría vigencia masiva. Habrá obreros que se beneficiarán antes que otros. Este criterio no sólo tendrá en cuenta razones económicas reales, sino que responderá al deseo de desarmar la unidad que, al respecto, presentan las centrales obreras. De todos modos, Messmer, o acaso el presidente de la República, mostrará a los caciques sindicales los folios que demuestran hasta dónde se puede llegar en materia de aumentos salariales. Trucados o no, los balances destinados a apaciguar los ánimos de cegetistas y cetetistas, dirán que la expansión de la economía registra una tasa de crecimiento del orden del 6 por ciento anual; por el contrario, se nota un leve descenso de las inversiones en sectores básicos. En cuanto al desempleo, ha disminuido un poco desde la última primavera, aunque hubo una recaída en julio, mes en que los pedidos de empleo subieron de 335 mil en igual mes del año anterior, a 382 mil. Otros de los rubros que analizarán el sector obrero y el gobierno, en base a las estadísticas proporcionadas por este último, serán los de comercio exterior y ganancias. El primero se encuentra saludablemente equilibrado desde hace no menos de siete meses, e incluso registró excedentes a partir del comienzo del actual verano. El ritmo de aumento de las ganancias, en cambio, no satisface al sector patronal, que considera que el alza promedio registrada en la Bolsa —30 por ciento—, si bien traduce un incremento en las ganancias de las empresas que allí cotizan, no expresa la verdadera situación, sino, tal vez, un exceso de confianza de pequeños y grandes inversionistas que se origina, sin duda, en la reciente revaluación del franco respecto al dólar.

Obvio destacar que, como en cualquier Bolsa del mundo, existen empresas que "se portan bien" y otras que "se portan mal". Las primeras achican el monto de sus beneficios para no verse constreñidas a aumentar salarios y/o dividendos; las segundas inflan las ganancias para tranquilizar a sus accionistas y a los bancos que les otorgan créditos.

PANTALLA CHICA. Pero las diferencias en cuanto al momento de otorgar el visto bueno a las reivindicaciones salariales fueron apenas uno de los focos de tensión entre el Hôtel Matignon y el Elíseo. Apenas uno, efectivamente, porque la tirantez se convirtió en crisis abierta a propósito de la forma de manejar la ORTF, formidable red de difusión que Chaban-Delmas, al menos en todo lo relativo al aspecto informativo, tenía bajo su control a través de dos personas de su absoluta confianza, Pierre Desgraupes y Jacqueline Baudrier, quienes desde 1969, cuando Chaban saltó de la presidencia de la Asamblea Nacional al primer ministerio, cumplían el papel de omnipotentes zares de la información radial y televisiva.

La cuestión fue discutida por el ga-

binete en pleno, presidido por Pompidou. El entonces *premier* no opuso ninguna resistencia a que la ORTF estuviese encabezada por un P-dg (Presidente-director general, según la jerga de las élites ejecutivas francesas) y que, al mismo tiempo, se subdividiese en "unidades funcionales". Eso sí, fue intransigente en cuanto a quiénes, y cómo, debían seguir cumpliendo el papel de tamices informativos: Desgraupes y Baudrier. Lo que Chaban no calculó era que Pompidou fuese a elegir precisamente esa oportunidad para demostrarle públicamente algo que el *premier* ya sospechaba: había perdido la confianza del Elíseo. "Seamos claros —espetó Pompidou—. No se trata, de ningún modo, de atentar contra la libertad de información; debemos construir un sistema que pueda ser mejorado: las unidades de información deberían integrarse a las cadenas, bajo la dirección de los respectivos directores." Uno de los pilares del poderío político del ex internacional de rugby, acababa de derrumbarse. Si las unidades de información pasaban a funcionar bajo la batuta de *le patron* de cada cadena, Desgraupes y Baudrier, es decir, Chaban, quedaban atrapados en la red de la burocracia estatal, a la que habían escapado, en provecho propio, desde 1969. Sin embargo, para la ORTF no se avecinan tiempos calmos. Su nuevo zar, Philippe Malau, deberá equilibrar la fidelidad a sus raíces políticas —giscardiano de origen y pompidoulista de alma— con el respeto que necesariamente deberá manifestar ante los requerimientos de la oposición en materia de espacios en radios y televisión.

EL PROGRAMA COMUN. El acuerdo fue firmado el 27 de junio último: después de 52 años la izquierda parlamentaria francesa cerraba un largo capítulo preñado de enfrentamientos. El Partido Comunista lanzará su mejor punta de lanza —la CGT, un millón y medio de afiliados, gran capacidad de movilización— y el Partido Socialista moverá a su tradicional clientela: funcionarios de mediana jerarquía, banqueros, profesionales y sectores terciarios. Base del programa: una legislatura que "abra el camino hacia la transición al socialismo", y nacionalización de grandes industrias (en principio serán 14, cuyos negocios implican un movimiento total de aproximadamente 117 mil millones de francos, algo así como 23 billones 400 mil millones de pesos viejos). Nada asegura, sin embargo, que la alianza logre la mayoría parlamentaria en función de la cual ha nacido. De todos modos hay consternación en las élites de banqueros y capitanes de la industria. "Sólo un país socialista goza de un elevado nivel de vida: Suecia. Y es capitalista, los bancos son privados, las empresas también, la Bolsa funciona libremente." La precisión política de esta ironía enunciada por un banquero parisiense, al tiempo que traduce preocupación, apunta al costado más débil de todo proyecto socialista: la imposibilidad de garantizar, al menos a corto plazo, una mejora del nivel general de vida. Ello explica, además, las dudas de la CFDT en cuanto al programa común: los líderes cetetistas prefieren reivindicar "el conjunto de las aspiraciones actuales de los trabajadores", con plataforma democrática y de autogestión. ♦

Restañar las heridas que debilitan al partido de De Gaulle

PEYREFITTE: UN BUEN LUGARTENIENTE DEL PRIMER MINISTRO

